

La vida es avanzar tiranizados por el almanaque. Caen las hojas de los días como un aluvión imparabable cuando la alegría rebosa de nuestras manos. Con una lentitud exasperante cuando la tristeza se enrosca a nuestro cuerpo. Hace más de cinco años que te perdí. Cinco largos años tragando el acíbar de una amargura que se ha convertido en mi celosa compañera. En una sombra que arrastro como cadenas uncidas a los tobillos, que ralentiza mis pasos y malversa un camino que fue atrás senda feliz. Aún siento tu presencia por la casa. Tus pasos de terciopelo, la estela de tu perfume que parece deambular de habitación en habitación acompañándome en esta soledad inhóspita que habito.

Dijiste antes de partir: *vive y se feliz, hazlo por mí...* Me lo hiciste prometer. Y te juro que me he esforzado por no defraudarte. Por ti. Por tu recuerdo. Pero es que las secuelas de la pasión dejan unas hondas llagas que cuesta cubrir... con qué. La tristeza madura sigilosa, agazapada muy adentro de la mente, para surgir con la fuerza de un geiser en cualquier inopinado momento y cuesta extirparla porque sus garfios crueles se agarran al alma y a la carne... Sé que la vida es así. Nada es eterno. Hablamos de eso muchas veces. ¿Recuerdas? Al final acabábamos riendo... riendo por tal de acallar las huellas de la nostalgia que dejaba trazas de miedo en nuestras mentes.

Al principio pensé que el dolor no amenguaría nunca, que el viento continuaría amontonando los recuerdos junto al miedo de no poder salir del laberinto de negritud en el que se transformó mi vida. Y es que todo cuanto me rodeaba se volvía contra mí. Tus recuerdos se estrellaban de continuo contra mis ojos. El espejo donde te mirabas, tu parte vacía del armario, el lado de la cama que ocupabas (en el que ahora duermo abrazado a tu fingida silueta) eran como humedades de melancolía que impregnaban mi cuerpo desvelándome un eterno pensamiento de avaricia y hambre. Hambre de ti. De tu imposible presencia.

Ahora, con el paso de los años, siento que la soledad cruenta y hermética en la que habitaba deja alguna resquebrajadura por la que a veces se filtra algún deje de esperanza. Sigue siendo soledad. Pero una soledad que se angosta. Sé que nada ni nadie podrá rellenar esas horas vacías sin ti, que no

existe nada en este mundo que reemplace tu presencia, pero a pesar de todo, me he esforzado los últimos meses por salir, conocer gente. Como tú querías que hiciera. Desde que te fuiste, adopté la costumbre de caminar a diario. Largas horas que me aliviaban de la cargazón que sentía entre esas paredes que durante tanto tiempo reverberaron lo que fue una felicidad de dos... Se llama Beatriz. Al principio nos cruzábamos indiferentes. Apenas me fijé en ella, no representaba más que una estampa de mujer, un aditamento más del paisaje. Tiempo después, acompasamos nuestros paseos sin ponernos de acuerdo, como si el azar se hubiese confabulado para unir nuestros pasos. A veces, caminábamos largos trechos uno al lado del otro. Apenas una mirada de curiosidad chispeaba entre nosotros, entrelazándose entrambos el azoro de sentir una espuria compañía en modo alguno premeditada. Acabamos intercambiando alguna sonrisa ajustando el ritmo de nuestros pasos como si no se tratase más que del juego inocente de un niño. Quizás por aquel entonces algo latía ya en el fondo de nuestras mentes, y tal vez por ello eludíamos mirarnos directamente, pronunciar palabra alguna. Pero cada tarde caminábamos juntos, a pesar de sentirnos separados por el estridor de aquel silencio que no nos atrevíamos a romper.

Aquel día me retrasé. Caminaba unos centenares de metros delante de mí. La vi trastabillar. Cuando me miró detecté en su rostro una mueca de dolor que dejó paso a una bonita sonrisa. Se había torcido un tobillo. Me apresuré a ayudarle a levantarse y la mirada de aquellos ojos negros cayó sobre mí como un turbión anegando mis sentidos. Mientras la sujetaba sentí su calor, un perfume de mujer que se enredó a mi cuerpo con una prestancia inverosímil. Nos miramos desconcertados... Entonces supe -supimos, sé que fue algo mutuo- que ese sentimiento adormido en el fondo de nuestros corazones se había avivado.

Es delgada, morena, de rostro aniñado. Una dulzura sin parangón se diluye en sus ojos negros. Tiene una bonita sonrisa de labios tiernos. Desde la primera cita ambos detectamos la fragilidad del otro. El daño que llevábamos dentro e intentábamos sobrellevar. Me contó que aún portaba las secuelas de una mala experiencia amorosa. Yo le hablé de tu ausencia, del estigma que tu muerte dejó en mi corazón...

Paseamos por la ciudad tomados de la mano, sintiéndonos el uno al otro, aspirando esquivas de incertidumbre y miedo. Una suave cellisca empapaba nuestros cuerpos, pero a pesar de ello nos detuvimos en mitad de una plaza mirándonos a los ojos. Sus labios jugosos y frescos reclamaron los míos. Nos besamos... pero tu sabor, ese sabor que aún recuerdo, acudió a mis labios y cuando nos separamos las lágrimas corrían por mi rostro. Sus ojos también estaban empañados. Ambos comprendimos. Nos separamos con un abrazo teñido de ternura. Deslavazados a nuestros pies comenzaron a caer sentimientos pretéritos...

Cuando llegué a casa cogí tu fotografía y la abracé como el niño perdido que regresa a los brazos de su madre. Y lloré con un desconsuelo que jamás había sentido. Pensé en pedirte perdón, resignarme a extirpar de mi mente ese sentimiento apenas nacido con el que me parecía te estaba traicionando, pero en seguida supe que era solo cobardía, miedo... y que tú no hubieses querido eso.

Hoy soy consciente de que la ruleta de la vida ha jugado conmigo, que con extrema crueldad ha hecho que esos versos que un día te escribí se vuelvan contra mí: *Vive feliz por mí, por mi memoria,/aunque te cueste y a veces sucumbas al dolor,/y busca refugio en otro amor si puedes/ aunque le entregues esos encantos/ que fueron el aliento de mi vida./Nunca me hará daño tu felicidad/solo tu dolor, tu pena.../*

Tú me miraste aquel día con los ojos nublados tras leer el poema. Y aunque no pronunciaste palabra supe lo que pensabas, y ahora... Ahora daría diez años de mi vida por contarte esto mirándote a los ojos, por estrechar tus manos una vez más y recibir tu bendición... pero solo me queda el consuelo de escribirte esta carta que nunca recibirás, aunque desde que la comencé tenga la sensación de que estás pegada a mi espalda, leyendo por encima de mi hombro como tan a menudo hacías... Pero te prometo que a menudo te leeré esta carta mirando hacia las estrellas donde imagino que habitas con la esperanza de que me comprendas y perdones... Porque aún te sigo queriendo y sé que moriré haciéndolo. Aunque confío que sea cierto eso de que se puede vivir amando a dos mujeres a la vez...

HASTA SIEMPRE, MI AMOR ETERNO... DÓNDE QUIERAS QUE ESTÉS.